

**“Sólo con el corazón
se guía al corazón.”**



22 ¿Cómo hacerlo sin palizas?

Con una vara en mano se gobernaba fácilmente. A los pilluelos se les daba con ella. Con chichones y verdugones aprendían pronto a obedecer sin chistar. ¡Así era antes, qué pasado tan tremendo!

¿Y hoy día, qué sucede? He aquí una anécdota verídica: Un alumno entrega un trabajo descuidado, el maestro le pide que lo vuelva a hacer y el alumno le constesta, del tú por tú: “¡Sigue soñando de ese lado; no lo haré!”. ¡Qué presente tan tremendo!

El ejemplo no es demasiado exagerado, en la vida diaria se dan casos mucho peores. ¿Cómo enseñar en esas condiciones? La escuela, con su plan de estudio obligatorio, sólo puede funcionar cuando el alumno no sólo obedece al maestro, tomando en serio las instrucciones que éste le imparte, sino cuando además hace realmente lo que se espera de él.

Hoy tenemos, en las aulas, las consecuencias de los movimientos anti-autoritarios de los años sesenta y setenta del siglo pasado. Partiendo de una crítica muy necesaria de toda forma de opresión, hemos llegado a una crítica y a una condena de todo tipo de mando o poder. Jakob Burkhardt contribuyó a ello afirmando que el poder es malo por *esencia*.

También nos hubiésemos podido referir a Pestalozzi: “*No es el mando, sino el hombre que lo detiene, el responsable de su pérdida. Todas las consecuencias del mando son santas y buenas mientras que el hombre que lo detiene es fiel, que su palabra es sincera y que su fidelidad es firme como las estrellas inmóviles.*” (Sämtliche Werke. Obras completas 12, 49)

¿Qué es el mando, el poder? Es simple y llanamente la *posibilidad que tiene una persona de someter el comportamiento o el destino de otra persona a su propia voluntad*. Si yo, como maestro, escojo el tema de los “conejiillos de Indias”, el *destino* de mis alumnos será estudiar la vida de estos adorables animalitos. Someto así su *comportamiento* a mi voluntad pidiéndoles que los observen bien y que me digan lo que han constatado. ¿Qué pudiera haber de malo en todo esto?

Con otras palabras, el *mando* del maestro ha de ser indiscutible, para que pueda realizar su labor.

Pero ¿cómo hacer corresponder esto con lo que afirmo, a saber que mandar - cuando se trata de resolver un conflicto - es contraproducente y que el método de Gordon en el que “nadie pierde” se basa en la renuncia de ese *mando* o *poder*? La solución es simple: *sólo renuncia al mando aquél que lo detiene*. Por eso, es absolutamente imposible - para un maestro sin experiencia que tiene una clase rebelde (las ha habido siempre) - querer resolver, con el método de Gordon, la cantidad de conflictos que lo apabullan ya al iniciar una clase. ¿Qué puede lograr gritándole a sus alumnos, en medio de ese bullicio, que tengan la bondad de sentarse en círculo para discutir juntos acerca de los problemas que hay, y que, con un palmo de narices, los chicos le demuestran su descontento y, burlándose de él, le sacan los documentos del maletín y los lanzan al aire? Rápido se entiende que sin el *mando* o *poder*, está perdido. Por eso, cuando yo estudiaba, con los futuros maestros, los métodos de Gordon, les aconsejaba que no soltaran el *mando* hasta que no consiguieran tener *autoridad*. Como maestros no abandonamos el *mando* o *poder* porque nos lo han arrebatado de las manos, sino porque nos damos cuenta que los niños se desarrollan en mejores condiciones cuando un sentido de comunidad sustituye al uso del *poder*. Se abandona el *mando* o *poder* libremente o por decisión propia.

Volvamos al caos que he descrito arriba. Antiguamente, en casos tan precarios, el maestro obtenía el respeto de la clase usando una vara o algún objeto semejante. Por suerte, esto ha caído en desuso. Hoy en día, se precisa *mandar sin vara*, es decir: se precisa *autoridad*. Lo mismo sucedía antes, el que tenía *autoridad* no precisaba de vara o bastón de mando.

Y ahora hagámos la pregunta: ¿Qué es la *autoridad*? Nosotros, los maestros, disponemos de dos formas básicamente distintas de *autoridad*. Como titulares de un cargo oficial formamos parte de una institución legalmente definida y somos también portadores del poder que corresponde al cargo.

Este *poder institucional* lo ejercemos ante los alumnos, exigiéndoles cosas, evaluando y calificando su trabajo y requiriendo obediencia al reglamento escolar. Pero a los alumnos les importa un bledo todas estas pautas legales, lo que cuenta para ellos es lo que perciben en el maestro como persona. En la medida en que se sienten obligados a seguir sus instrucciones, ellos responden no a su autoridad *legal*, sino a su autoridad *personal*.

La autoridad personal es algo misterioso. Dos personas pueden ponerse ante una clase de alumnos y usar los mismos términos para pedirles que hagan algo. En un caso, los alumnos obedecerán sin chistar y en el otro, harán como si no lo hubieran oído. Por lo cual, no tiene nada que ver con las palabras que se emplean, sino con la fuerza que hay en ellas y también de quien las dice. Esta fuerza depende del *carisma* de una persona ante la cual los niños y los adultos reaccionan espontáneamente. Este *carisma* revela algo sobre la credibilidad, la sinceridad, competencia, fuerza de voluntad, confianza y seriedad de la persona en cuestión. Casi siempre nuestra reacción ante el carisma de una persona es inmediata, ya sea con aceptación, indiferencia o rechazo. Esta reacción tiene algo que ver con la *resonancia*. Si la apariencia y la presencia de una persona provoca alguna *resonancia* en las demás, ésta se convertirá en una *autoridad* para ellas, la tomarán en serio y le obedecerán sin que se sientan oprimidos. La auténtica autoridad no oprime a los demás, al contrario, los guía y los eleva.

Veamos un ejemplo. Durante un campamento un aprendiz para maestro veía cómo unos chicos molestaban y atormentaban a otro, excluyéndolo de sus juegos. Les habló muy correctamente del comportamiento que tenían, trató de que comprendieran los sentimientos del chico excluido e hizo un llamado a su conciencia. Pese a ello, concluyó resignado: “En cuanto me di la vuelta, lo estaban molestando de nuevo, como si no les hubiese dicho nada.” Lo que le faltaba era *autoridad*, sus palabras no tenían ningún peso para los chicos.

Esto nos demuestra cómo funciona la *auténtica autoridad*. Como bien dijo Goethe, somos creaturas con “dos almas en nuestro pecho” – una que nos encierra dentro de nosotros mismos y nos hace egoístas y la otra que nos eleva más allá, para ir en pos de la bondad que hay dentro de nosotros mismos, e incluso dentro de esos chicos “malos”. En algunas situaciones, su comportamiento es antisocial, pero cada uno de ellos lleva “en sí” el potencial para comprender a los demás y para tratarlos con consideración, en breve, el potencial para la bondad. Aquí podemos observar el efecto de la auténtica autoridad: A

través de ella (y sólo a través de ella) se logra que en los niños, las fuerzas de la bondad triunfen sobre las de la maldad. La auténtica autoridad despierta y fortalece en el niño su propio ser, lo ayuda a *ser* y a volverse *él mismo*.

Los maestros aspiramos a algo más que a alcanzar éxitos momentáneos. No nos damos por satisfechos – para volver a nuestro ejemplo – con el chico al que ya no molestan o que los demás han integrado en el grupo. Queremos que *todos* los protagonistas “crezcan” aprendiendo del conflicto y desarrollando una actitud que sirva positivamente en otras circunstancias. Para citar a Pestalozzi, la *autoridad* aspira a alcanzar lo más profundo que hay en cada ser, su meta es el desarrollo del potencial que hay en el corazón o sea: la empatía, el consuelo, el valor, la gratitud, el sentimiento de justicia y de comunidad.

Claro que la autoridad no es una cualidad que uno tiene o no tiene; unos tienen más autoridad y otros menos. Desde el punto de vista de Pestalozzi, la autoridad es una facultad que se puede *desarrollar* como cualquier otra. Por lo cual, el grado de autoridad perceptible siempre es una mezcla de *talento natural* y de *cultivo* deliberado. Si el talento natural es grande y no hay el cultivo correspondiente del aspecto moral, la autoridad puede llegar a ser peligrosa. Quien la posee puede llenar de entusiasmo a la gente, puede guiarla, pero también puede engañarla o seducirla para hacer el mal. La historia de la humanidad está llena de ejemplos de este tipo, por eso, lo que cuenta es que a mayor talento de guía, mayor sea la urgencia de cultivar el aspecto moral, o sea, el desarrollo de un sentimiento de responsabilidad.

Respecto al desarrollo o “cultivo” de la autoridad, considero esenciales los puntos siguientes:

- Ante todo, hay que tener el valor de creer en su propia autoridad y de ponerla a prueba. Si uno la pierde, se debe abandonar la profesión. Las mejores intenciones, la preparación más minuciosa, las ideas más ingeniosas, los ideales más altos son ineficaces sin autoridad. Es el terreno sobre el que todo crece.
- Por esta razón debemos, como maestros, reaccionar con particular firmeza ante todo aquello que desmorone nuestra autoridad. Esto parece llevarnos a un círculo de regulación – o si se quiere, a un círculo vicioso cuya lógica es imposible de romper pues, para actuar de manera convincente ante todo lo que disminuye nuestra autoridad, es preciso tener un alto grado de autori-

- dad, de otra manera, nuestros alumnos no nos tomarán en serio.
- Ya que la auténtica autoridad requiere tener confianza en uno mismo y poseer un grado saludable de estima propia, el desarrollo de la personalidad es una tarea esencial en la carrera de un maestro.
 - Para ello, hay también cantidad de técnicas que se pueden emplear para desarrollar la autoridad; técnicas que uno puede tener presentes y utilizar conscientemente: al hablar, el maestro debe mantener un contacto visual con toda la clase y dejar de hablar mientras los alumnos no presten atención y discutan entre ellos. Debe explicarse con claridad y tanto su actitud como su mímica deben expresar la autoridad que pretende tener.
 - También existen comportamientos que disminuyen la autoridad y de los que no quiero hablar aquí en detalle. Es sensato evitar toda situación vergonzosa para los alumnos.

Es cierto que hay un tipo de autoridad que se experimenta sencillamente como una exigencia que se debe obedecer. Por eso, la auténtica autoridad va cogida de la mano con el *amor del niño*. Las teorías modernas de la educación evitan hablar de este fundamento que contribuye al éxito de un maestro y educador. Pareciera como evidente que todas las personas tuvieran que sentir afecto por los niños o que esto no tuviera ninguna importancia. Es cierto que algunas actitudes básicas son necesarias, como por ejemplo, la de “aceptar al niño” o “hablarle con cortesía”, pero estos son comportamientos que se pueden adquirir, al fin y al cabo, con la práctica sin que esa “llama misteriosa” - que es el *amor por los niños* - esté viva en el maestro. Según la idea de Pestalozzi sobre el género humano, el amor como base para el desarrollo de nuestras facultades morales no puede reducirse a unas cuantas prácticas de comportamiento. Es una realidad mental y psicológica más allá de cualquier situación específica, es decir, que se mantiene viva aún sin que haya, en ese momento, interacción personal alguna. El amor alimenta a todo instante nuestro sentido de responsabilidad, nuestra capacidad de comprensión, voluntad de trabajar, autocrítica, así como nuestra disponibilidad para enfrentar y superar las dificultades.

Pero debemos distinguir dos formas de amor: el amor por *los* niños en general y el amor por *un* niño.

Para evitar todo tipo de malentendidos: El afecto por los niños del cual hablaremos aquí, no tiene nada que ver con el aspecto erótico. Más bien, se

trata de que el maestro, como persona, se abra a la naturaleza del niño como tal. Se podría comparar a la actitud de una persona que se deja fascinar por un campo en flor y que se queda ahí, frente a él, admirativo y pensativo, mientras que otros pasan de largo, sin reparar. El maestro que siente amor por los niños se deja encantar por la espontaneidad de la vida que se abre paso en el niño, por su fantasía y creatividad que una y otra vez, brotan de manera sorprendente; por esa fuerza de desarrollo misteriosa que hay en él, es decir, por el misterio de la vida en sí, y que en cada niño se revela siempre de manera distinta. A un maestro con tal sensibilidad, nunca lo podrán aburrir los niños. En lo más hondo se siente emparentado con el niño como ser humano. Por eso, siempre se posiciona del lado de los niños cuando la naturaleza infantil corre peligro de verse arrollada por las duras realidades de la vida.

Precisamente, este amor por los niños convierte al maestro en un experto de las debilidades del niño y de los riesgos que corre, pues no es un sentimental, sino – para hablar como Pestalozzi – es “perspicaz”. Un tal maestro puede perfectamente distinguir entre la auténtica ingenuidad infantil y la coquetería refinada. Reconoce la diferencia entre la *obstinación* - que siempre surge cuando una persona rechaza algo necesario o gana alguna ventaja a costa de otra - y el *individualismo* o *egoísmo* que es la expresión existencial del ser humano. De ninguna manera confundirá la excitabilidad de los alumnos con la viveza, ni tampoco tomará el bluff, la chapuza y las imitaciones baratas por expresiones de creatividad. Tampoco confundirá impertinencia, impulsividad o vehemencia con la seguridad en sí mismo o un sentimiento saludable de autoestima. Y finalmente, no tomará la desfachatez y la rudeza por sinceridad, ni tampoco el miedo ante lo que es nuevo por fuerza de carácter.

El amor por los niños se va expresando concretamente como afección por cada niño individualmente. De esta manera, el maestro no sólo tiene el deber, sino que siente la necesidad de ver al niño como individuo, como personalidad única e irrepetible. Claro que es necesario poner cuidado en lo que cada niño *realiza* en la escuela, pero el maestro que tiene afección, no se da ahí por satisfecho sino que quiere *considerar* cada alumno *como persona* y conocerlo, verlo tal y como es realmente. Esto sólo funciona cuando se les considera como personas y que uno se interesa por sus singularidades, sus condiciones de vida, sus aficiones, sus talentos, su grado de desarrollo, sus pensamientos y sentimientos, sus debilidades y dificultades. Todo esto pertenece a lo que Pestalozzi llama *amor perspicaz*. Esta *consideración* o *percepción*

amplia del niño ofrece al maestro la posibilidad de identificarse con él, de acceder a él con comprensión y de ayudarlo a superar sus dificultades, en vez de - como suele suceder - lidiar con él imponiéndole castigos.

Respecto a esto, se objeta a menudo que es imposible pretender que un maestro aprecie por igual a todos sus alumnos, ya que él está supeditado también a sus propios sentimientos de simpatía y antipatía. Esto no se puede negar, pues no somos superhombres. Sin embargo, por experiencia, los sentimientos de simpatía y antipatía quedan bien al fondo cuando logramos ir hacia el otro y *comprenderlo* realmente. Nos queda por averiguar, qué es lo que debe suceder para que se manifieste la comprensión por otro ser humano. Estoy convencido que un *diálogo abierto* es una de las condiciones esenciales para ello. En este sentido, para un maestro, el arte de dialogar es - tal y como nos lo demuestra el ejemplo de Thomas Gordon - muy importante. Si es capaz de *escuchar con empatía* crecerá también su afecto por las personas que le abren su corazón.

Por lo general el amor es recíproco. A menor edad, más dispuestos están los niños a querer a su maestro. Claro que la meta no es que los alumnos aprendan sólo para complacer al maestro; deben esforzarse por su trabajo, únicamente porque piensan que eso es lo correcto o sencillamente porque piensan que vale la pena hacerlo. Pero, para los niños pequeños es una motivación muy humana la de tratar de ganar el cariño del maestro - o mejor dicho - de responder a su afecto, aplicándose y esmerándose. De esta manera, se desarrolla el interés por la materia escolar y el placer de trabajar cuidadosamente. Y todo esto permanece para más tarde, cuando ya no se hace para *complacer al maestro*, sino por motivos personales.

El amor del que hablamos aquí, no es simplemente el socio legítimo de la autoridad, es algo que puede reforzar la autoridad o mismo servir de base para ella. He aquí un ejemplo muy hablador en el informe que escribió un aprendiz para maestro de diecisiete años: En el campamento que estaba ayudando a dirigir, un chico llamaba la atención por su rebeldía y desobediencia ostentativas. No hacía nada de lo que ordenaban los jefes. Una mañana se les dijo a los chicos que se prepararan para salir de excursión con sus botas de andar y sus chaquetas impermeables. El "notorio buscapleitos", como lo llamaban los líderes, se presentó con zapatillas de deporte y sin chaqueta alguna. Después del medio día, el tiempo se deterioró y esto le permitió al jefe decirle, saboreando su triunfo: "Ves ahora ¿por qué debes obedecernos? ¡Quien no obedece, padece!"

Lo que dijo el jefe no estuvo mal, y muchos pedagogos, siguiendo a Rousseau, hubieran actuado igual: "Sufriendo, se aprende". Sólo que esto no fun-

ciona, pues no hay *amor* alguno al “aprender por consecuencias lógicas”.

Nuestro maestro aprendiz sintió lástima por el chico y le prestó su jersey – su jefe consideró que su actuación era totalmente antipedagógica. Y así, ambos terminaron andando un poco retirados durante la excursión. Fue entonces que el muchacho le contó, al estudiante para maestro, toda su vida con todos los detalles y a partir de ahí, obedeció sin chistar y a todo lo que se le pidió.

Para evitar cualquier malentendido, debo subrayar que no puedo prometer que la actitud del estudiante, como la hemos descrito aquí, funcione siempre en todas las circunstancias e independientemente de las personas que se hallen involucradas. También estoy seguro, de que hubiera sido mejor, si antes de salir, los líderes hubieran controlado el seguimiento de sus instrucciones. Mi único propósito aquí era demostrar la conexión entre el amor y la autoridad.

En el marco de este capítulo sobre el amor del maestro hacia los niños, me atrevo a citar a Pestalozzi. El párrafo siguiente está sacado de la última edición de su novela “Lienhard und Gertrud” (“Leonardo y Gertrudis”), en el que caracteriza al maestro Glülphi, una vez que se familiarizó con la enseñanza en concordancia con la naturaleza de la madre Gertrudis: *“En cuanto entró a la escuela al día siguiente, olvidó su sueño, el mundo y todos sus anhelos de mejorar el mundo y la gente. Era otra vez, en cuerpo y alma, el maestro de escuela, que tan sólo veía el momento en el que ahora, como padre y maestro, estaba rodeado de sus alumnos... Durante esas horas de labor, la presencia de sus niños absorbía su vida, como si fuera de ellos, a su lado, no hubiera ningún mundo... Glülphi ya no veía un montón de niños. Ese grupo, como el que estaba ante sus ojos, dejaba de existir como tal. Cada niño le aparecía como un individuo y cuando lo miraba o sólo al pensar en él, su ser estaba completamente centrado en ese niño, como si nadie más estuviera a su lado... Así llevaba en su corazón a todos los niños de su escuela. Esto significaba también que, día tras día, sabía precisamente en qué nivel de la lección se encontraba cada uno de ellos. Cada día veía más profundamente en el corazón de cada alumno e iba conociendo mejor sus pensamientos y esfuerzos...”*. (Sämtliche Werke. Obras completas 6, 515)

El bastón o vara no tiene razón de existir en las escuelas en las que se enseña en este espíritu. Pero la educación moderna todavía amenaza con la vara, con otro tipo de palizas, es cierto, pero que hieren tanto como las de antaño: el sistema educativo distribuye notas. Preferiría que nuestras escuelas no usaran este tipo de medios coercitivos y cambiarlos por algo más sensible. Pestalozzi tenía sus buenas razones para estar en contra de este sistema. Ya

me parece oír a la gente atónita preguntando: “Sí, pero ¿cómo quieres obtener que los alumnos emprendan cosas y no se queden ociosos?” Hay que plantearse esta pregunta en serio y la respuesta que propongo es fruto de este capítulo: Se logra mediante la *autoridad* del maestro basada en el *amor*. Si el maestro presenta el material educativo de una manera apropiada para los niños y que le pone vida a la clase, entonces logrará motivar a los alumnos para que aprendan y trabajen sin tener que amenazarlos con notas.